

Orozco, el artesano del horror

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Ante una obra como la de José Clemente Orozco —rigor que libera su llama, equilibrio que desnuda su tensión, agonía que vigila su centro— son difíciles la lucidez y la medida. Ante ella la inteligencia corre el riesgo del vértigo. Parece como si la salida a semejante compromiso, el compromiso de explicar y de explicarse ante ella, estuviese condenado a la siguiente disyuntiva: o exceso de lastre razonador, que apesadumbra y entorpece la aventura analítica, o galopante entusiasmo por los senderos del hallazgo. Se impone, por tanto, una gimnasia que reclama igual dosis de sufrimiento y estímulo, de gracia y de gozo, de libertad y de cautela. Se impone, en definitiva, un control militante de la pasión que en la fidelidad por el sacrificio exige como botín el maridaje con la obra contemplada.

Es este el espectáculo que nos ofrece el libro de Luis Cardoza y Aragón. Pero esto ha sido posible por el encuentro de dos paralelas poéticas. Cardoza ha vivido y ha padecido a Orozco. Es decir, lo ha capturado en amor y nos lo entrega en el amor macerado de su palabra. De allí sus jadeos, su honestidad por buscarle graves antecedentes a su conducta, su moroso bordoneo en algunas constantes expresivas del gran mexicano. Orozco no es, en ningún instante, el pretexto para que el autor de *Guatemala, las líneas de su mano* ejercite una de las prosas de mayor exactitud y poderío que hoy enriquecen el idioma español. Orozco es algo que le ha ocurrido a Cardoza y Aragón. Algo personal, como una enfermedad o como un viaje. Algo que lo ha tatuado, lo ha sacudido, lo ha mordido en su centro. Este libro debió ser una obsesión, un dolor, una locura. O se volvía criatura comunicante o destrozaba a su viador. Este es el secreto de la tensión biológica de sus capítulos. Cardoza no vacila en instruirnos en la anécdota de Orozco, en acompañarlo al fondo de sus descensos estéticos, en mostrárnoslo en la desolación de su dignidad y entre los contrarios señuelos de la incertidumbre. Son otros tantos elementos de que se vale para construir un sólido alegato sobre el carácter del más extraño, sufriente y combativo de los pintores de América. Del manco endeble y medio ciego, enfrentado a su vendaval interior y a las consecuencias exteriores de su obra, Cardoza y Aragón ha de partir, en una empresa de fulgor epopéyico, a la búsqueda del coloso del Hospicio Cabañas.

Es aquí —cuando rastrea los estigmas de Orozco, cuando ampara arcángelicamente sus huellas en el recuerdo contra toda agresión— cuando su prosa alcanza su ímpetu mayor. Los vocablos, agrupados por una furia lúcida, son lanzas en torno de Orozco. Y en el centro, como en los entierros homéricos, está el héroe para siempre defendido por la coraza sinfónica de la palabra. Pero esta penetración alucinada es una forma, la más compleja y ambiciosa, de aprehender un drama colectivo. Al tirar de Orozco, como al tirar de un maguey humano, se han venido las raíces. Y México —esa trabazón subterránea de mundo colmillo, de sangre disecada en los ijares del mito, de muerte empapada en sarcasmo, de tristeza resuelta en ironía— queda al descubierto con olor de tierra herida, con estupor de semillas sorprendidas en su noche de fecundidad y de estiércol. Entonces vemos lo profundo de un pueblo al resplandor de una prosa solar. Entrabados con la sangre y la inteligencia de Orozco, como sustancia fetal de su pintura, están la esmeralda carcomida de las máscaras toltecas y las uñas escarbadoras de vísceras de los sacerdotes antropófagos. Y están los nervios y las pupilas del águila. Y la silueta tenebrosa de Cuatlicue, señoreando el piélago de las anterioridades. Y está, asimismo, el relámpago universal de Prometeo, cristalizado entre los demonios de maíz y el silencio matemático de la serpiente.

El libro de Cardoza Aragón aporta, además, una nueva prueba en un debate nunca terminado pero siempre candente; ¿qué es, llevada a sus últimas consecuencias, la faena crítica? Y su lección parece concluir en que la crítica es un aspecto, tal vez el más eminente, de la comprensión poética. Como ella está hecha de asombro, de afinamiento en lo desconocido, de desdicha y alegría compartidas en la batalla que todo humano destino tiene que librar contra la muerte.